

SOBRE REALIDAD Y SÍMBOLO DE AL-ANDALUS

Pedro MARTÍNEZ MONTÁVEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Sé que no es D. Américo Castro figura apreciada entre muchos arabistas. Seguramente, porque no están dispuestos a valorar como se merece el extraordinario esfuerzo intelectual que significó su reflexión sobre al-Andalus, o tal vez no son capaces de ello. No obstante, y dejando aparte el conocimiento científico y erudito de lo andalusí, que tampoco resultan precisamente parcos en D. Américo, aunque no fuera un “especialista” –afortunadamente para él– en la materia, ese esfuerzo intelectual constituye, a mi modo de ver, la más rigurosa, original y profunda reinterpretación de ese objeto de estudio que se ha hecho en la España contemporánea; la única en realidad que posibilitó la génesis y el desarrollo de un largo debate que estuvo casi siempre a la altura –por su parte, desde luego– que corresponde a un auténtico debate científico. Me voy a permitir por ello iniciar mi reflexión trayendo a colación una afirmación suya, que aparece precisamente en su ensayo sobre al-Andalus y los orígenes la españolidad. Dice así: “Las

visiones e interpretaciones del pasado humano dependen de las ideas y prejuicios de quienes lo contemplan. Los “hechos” no son sustancias quietas que proyectan imágenes inequívocas en la *tabula rasa* de nuestra mente⁽¹⁾.

En no pocas ocasiones se ha intentado hacer de la rica y peculiar historia de al-Andalus una “sustancia quieta” precisamente. Conviene advertir desde un principio que, aun cuando tal empresa ha tenido variable éxito, en líneas generales no le ha sido la suerte desdeñosa. No es ésta la ocasión de indagar en detalles y pormenores sobre el asunto, ni tan siquiera de empezar a apreciar lo que en tales abundantes tentativas puede haber de consciente o inconsciente, de visión e intención fundamentalmente objetivas, o de imposibilidad de superación de duras categorías científicas, ideológicas o psicológicas que arrastraban a una especie de automatismo mental y emocional. Precisamente por la exagerada actuación de esas ideas y prejuicios presentes en quienes contemplan los hechos del pasado humano. Repito que no es ésta la ocasión para iniciar esa algazúa. No obstante, como es mi propósito a lo largo de esta reflexión plantear el hecho andalusí como “objeto compartido” –entre españoles y árabes, naturalmente– me permito simplemente señalar que, en tal error de “quietismo”, hemos caído tanto los unos como los otros, aun cuando esto se haya producido con dosificaciones y dimensiones variadas y diferentes.

Que la historia de al-Andalus es cosa compartida me parece, a fin de cuentas, algo tan obvio y elemental que exime de mayor argumentación. Aunque estemos acostumbrados a ver –nos obligan una y otra vez a ello, lamentablemente– que las cosas obvias y elementales suelen ser las más necesitadas, paradójicamente, de enervante y reiterada argumentación. No obstante, para mí queda ya bastante claro que la casi

(1) Este ensayo de D. Américo se incluye en su libro *Origen, ser y existir de los españoles*, Madrid, Taurus, 1959, pp. 1-69. Sobre Castro y lo andalusí puede verse mi trabajo “Lectura de Américo Castro por un arabista español: impresiones y sugerencias”, en *Revista del Instituto de Estudios Islámicos*, Madrid, XXII, 1983, pp. 21-42.

enfermiza obsesión en “unilateralizar” la historia de al-Andalus es la que ha llevado en abundantes ocasiones a resultados aberrantes, sencillamente porque desnaturalizaban el objeto en cuestión desde un principio, y poco valían por consiguiente, a partir de entonces, más o menos sólidos alardes metodológicos o eruditos. En consecuencia: si la reflexión sobre al-Andalus ha de ser, tanto por exigencias de ciencia como de con(s)cienza, una reflexión compartida, taraceada, será también una reflexión de doble perspectiva, no sólo en origen, sino también en la inmensa mayoría de sus múltiples facetas de planteamiento, desarrollo y valoración. Lo más contrario que puede haber, por consiguiente, a una reflexión aislacionista o unilateral. Interesará ante todo ir verificando las convergencias y divergencias que se produzcan, las posibles coincidencias y disidencias. Todo ello resultará sin duda profundamente significativo. Y más aún, quizá, los márgenes o índices de variabilidad y alejamiento existentes entre unas y otras, y en cada caso concreto. Esta modesta contribución no pretende entrar a fondo en ninguno de los problemas o cuestiones que en ella se susciten ni tiene ningún propósito exhaustivo. Es algo bastante más modesto: situando nuestro objeto de estudio y preocupación, al-Andalus, en esa doble dimensión de realidad y símbolo que le resulta inherente y característica, quiere suscitar algunos puntos que me parecen auténticas claves del problema, establecer algunas hipótesis de trabajo que considero especialmente importantes y significativas.

Fragilidad y solidez de al-Andalus

Uno de los principales ingredientes de la visión del pasado andalusí ha sido, durante mucho tiempo, la idea de fragilidad. Quiero decir que la imagen de al-Andalus como algo frágil y quebradizo, poco consistente, se ha mantenido largamente entre nosotros. Radicalizando la imagen, e introduciéndola como inevitable contraposición, no faltan casos en que lo andalusí aparece interpretado como algo fundamen-

talmente “femenino”, frente a la “masculinidad” de los reinos cristianos peninsulares. Constituiría como una especie de variante de confrontación Norte/Sur, parcialmente precedente quizá, en el espacio imaginario ideológico, de las que llegarían después. Huelga decir que es ésta una visión característicamente “literaria”, seguramente típica del Romanticismo, mantenida desde él y acrecentada, y que en el Modernismo alcanza posiblemente algunas de sus más destacadas y conspicuas cristalizaciones. Ciertamente, la historiografía profesional no podía caer en planteamientos tan burdos y simplistas, pero hay que reconocer también que, en alguna que otra ocasión, más o menos episódica o circunstancialmente, sufre cierto contagio de esta especie de visión, está “tocada” por ella. Queda bastante claro, asimismo, que interpretaciones así, inevitablemente literarias o literaturizadas, como decía, se originan esencialmente, y en parte por ello se justifican, a partir de la actuación de postulados estéticos. Aunque se trate de unos postulados estéticos, indudablemente, sometidos a formas de entendimiento convencionales, mantenidos sin ser sometidos a una crítica mínimamente exigente, conformistas en suma, unilaterales también en definitiva.

Me parece que una de las grandes novedades de la historiografía más reciente sobre al-Andalus consiste en aportar los suficientes materiales fidedignos para corregir oportunamente esta imagen ampliamente errónea. Seguramente hemos llegado al momento en que al-Andalus puede plantearse e interpretarse, con suficiente fundamento de conocimientos objetivos y contrastados, como un “hecho de solidez” y no como un “hecho de fragilidad”. Por consiguiente, la imagen se ha invertido casi por completo, y no resultaría difícil encontrar ahora reflejos en la producción literaria de esa importante aportación historiográfica. Quizá, últimamente, la “estética” creadora es la que está siendo “contagiada” o influida por la “ética” investigadora. Suscito simplemente la cuestión, sin poder detenerme en ella por ahora; pero estoy convencido de que valdrá la pena hacerlo en cualquier momento, y que resultará aleccionador e ilustrativo.

Si Ortega y Gasset hace ya años, y con razón, expresaba

sus muy fundamentadas dudas para aceptar sin más que se llamara "reconquista" a algo que duró ocho siglos, podríamos ahora, parafraseándole, argumentar que es una "fragilidad" muy peculiar la que se mantiene durante tanto tiempo. Habría que admitir que se trata de una fragilidad paradójica, pues se distingue precisamente por su duración, lo que parece exigir una cierta solidez al menos. Hay motivos sobrados para sospechar que se trataría de una fragilidad sólida precisamente, y por lo mismo atípica y paradójica, como decíamos. Por consiguiente, parece bastante más oportuno, en última instancia, empezar a hablar de solidez y no de fragilidad, y nos evitaríamos así al menos hablar en términos de paradoja, lo que no parece en definitiva apropiado ni conveniente para abordar cuestiones de esta envergadura.

Me voy a permitir tan sólo hacer algunas indicaciones o apuntes al respecto, que van precisamente por esa vía de interpretación. Está en primer lugar la faceta de la posible solidez política con su corolario pertinente, lo propiamente institucional y administrativo. El dato que voy a proporcionar a continuación puede parecer en principio anecdótico, pero tengo par mí que rebasa con creces esa condición de mera anécdota. Una sencillísima operación matemático-cronológica permite comprobar, seguramente con enorme sorpresa para muchos, que la dinastía "hispánica" que durante más tiempo ha permanecido en el poder, en régimen de continuidad, sin interrupciones transitorias, es precisamente la omeya cordobesa: exactamente, doscientos setenta y cinco años. Por su parte, conviene también recordar que la última dinastía andalusí, la nazarí granadina, gobierna algunos años menos tan sólo: doscientos sesenta y uno. Al respecto, quizá no esté de más tener presente que los Borbones españoles, descontados los períodos en que su mantenimiento en el trono se interrumpe, acaban de cumplir los doscientos cuarenta solamente. Si comparamos además estos datos con los correspondientes a algunas destacadas dinastías europeas occidentales, especialmente de época medieval, advertiremos que sólo la francesa de los Capetos les supera claramente en duración. Insistimos en que, aparte el pasatiempo fácil de

suma-resta, la comprobación de tales hechos no es un asunto intrascendente, baladí, seguramente.

Nadie puede negar a estas alturas el muy importante papel cultural y civilizador de al-Andalus, trascendental en no pocos aspectos para la historia universal de la Humanidad. Voy a limitarme a recordar aquí la destacadísima, soberbia y singular función que ese al-Andalus cumplió en la formulación de una auténtica cultura científica y técnica –la primera y mayor de la época en no pocos aspectos– dejando aparte su no menos notables y abundantes aportaciones en el terreno artístico y literario, tanto en el marco de la cultura “selecta” como de la cultura “popular”. Si en buena medida el grado de desarrollo y madurez de las sociedades tiende a medirse cada vez con más insistencia atendiendo a sus realizaciones científicas y tecnológicas, no solamente de carácter especulativo y teórico, sino también en posibilidades aplicativas y de valor cotidiano, está plenamente demostrado ya que la civilización andalusí fue, en esos terrenos concretamente de la actividad humana, y en conjunto, especialmente productiva y original. Sólida, como pocas, en esa multiplicidad de esfuerzos que se proponen la transformación y mejora de la materia física, en beneficio de la especie humana.

Me permito insistir, pues, en este punto de capital importancia: los rasgos y elementos de solidez del fenómeno superan seguramente, cuantitativa y cualitativamente, a los de fragilidad. Evidentemente, se trata de una valoración global y final, que no se opone por ello a las oportunas matizaciones de sentido contrario, a formulaciones radicalmente opuestas, en tiempos y circunstancias precisos. Esta caracterización panorámica de la historia de al-Andalus no excluye otras caracterizaciones, de índole contraria, puntuales y concretas. Se trata de una afirmación générica que no se opone en absoluto a las oportunas puntualizaciones particularizadoras, claro está. Deducir lo contrario sería querer buscar tres pies a un gato que tiene, naturalmente, cuatro, como todos los gatos que están íntegros.

En no pocos aspectos, por consiguiente, de su realidad histórica global –sí es que se puede hablar también en estos

términos refiriéndonos a al-Andalus— éste va perfilándose cada vez con mayor claridad como una entidad dotada de no escasos componentes de notable consistencia y solidez. Quizá el auténtico talón de Aquiles de todo ese monumental y compartimentado “edificio andalusí” esté en lo que sin duda es uno de los soportes fundamentales, de los reales cimientos: la propia sociedad. Conviene ser cautos al respecto, porque los estudios verdaderamente documentados y dignos de confianza y credibilidad, de largo espectro además, no están todavía precisamente muy desarrollados, y existen bastantes razones para pensar que seguirán siendo, a pesar de lo que se ha avanzado también en este terreno, la “cenicienta” del sector. En cualquier caso, cabe sospechar con bastante fundamento que es ahí precisamente, en el aspecto social, en donde el edificio andalusí brinda más facetas de fragilidad que de solidez, más zonas agrietadas que consistentes y compactas.

Un “aire de familia”

Yo no entiendo, sinceramente, cómo hay todavía tantos españoles que se niegan a asumir que ésta es una parte, como tantas otras, de nuestra historia, y de seguro que especialmente importante, conformadora y significativa. Con sus miserias y sus grandezas, naturalmente, con sus luces y sus sombras, con sus cumbres y con sus fosas, pero irrenunciable parte de nuestra historia nacional conjunta. Parece que para asumir limpiamente, sin ninguna clase de trauma ni expiación, este trozo de patrimonio singular, hay que superar aún, tanto en el plano individual como en muchos aspectos colectivamente, unos imponderables de tal calibre y naturaleza —especialmente ideológicos y psicológicos— que uno llega a dudar de que esta necesaria aceptación natural vaya alguna vez a producirse real y definitivamente. Mucho nos tememos que lo inconsciente vaya a seguir inponiéndose a la conciencia y lo consciente. Parece que seguimos temiéndolo desde lo más íntimo y oscuro, considerándolo como una especie de “mancha”.

Colectivamente, nacionalmente, esta aceptación sigue siendo un problema real, por más que se intente distraerlo. La naturaleza árabe-islámica genuina del hecho andalusí no ha encontrado aún, en ese contexto, formas de asimilación ni de integración decididamente eficaces y suficientes. Algo similar, curiosamente, ocurre entre los árabes, aunque se produzca ahí con rasgos también diferenciadores: en lo esencial porque, de manera muy mayoritaria, aunque no sea unánime, ellos sí lo ven como algo íntegramente suyo, situado en el pasado. Ésta ha venido siendo, como decíamos, la postura ampliamente mayoritaria entre ellos al menos durante bastante tiempo, aunque justo es reconocer que desde hace ya algunos años, y especialmente entre quienes han dedicado a al-Andalus buena parte de su labor profesional como investigadores, tal sentimiento se ha ido acomodando a una interpretación menos excluyente y unilateral, más compartida con nosotros. Tratando de entenderlo y presentarlo como algo, sí, auténticamente hispano-árabeislámico, y no como algo esencialmente árabeislámico trasplantado a tierras ibéricas.

Admitamos no obstante que la cuestión no es ya fácil, seguramente, ni para ellos ni para nosotros. Aunque muchas cosas que puedan parecernos insólitas, resultan perfectamente explicables. Lo que Morales Padrón, por ejemplo, afirma sobre las iglesias de Sevilla puede valer de referencia ejemplar: “insólito saber que once iglesias de Sevilla se alzaron sobre antiguas mezquitas, siete sobre templos romanos y tres sobre sinagogas”⁽²⁾. Seguramente el ejemplo resulta especialmente ilustrativo, hasta en su gradación cuantitativa, no por inesperada menos firme. Y seguramente también la parece que inevitable connotación religiosa contribuye a seguir planteando, aunque no se pretenda así, en términos de radical exclusivismo los genuinos comportamientos naturales. Hasta el forastero –aunque en este caso se trata de un semi-forastero más bien, el escritor y médico portugués Miguel Torga– está arrastrado a verlo así: “Nunca he entendido cómo el

(2) Citado por Manuel Barrios, *Cartas del pueblo andaluz*, Barcelona, Plaza y Janés, 1980 p.73.

cristianismo puede andar en esta tierra con la cara descubierta. Bien sé yo que los dioses son como los gobernantes: se suceden unos a otros. Y que se sirven de las casas de sus antecesores, con muebles y todo. ¡Pero hay límites! El que Jesucristo esté entronizado en la Mezquita de Córdoba o el hecho de que esté paseando por aquí, excede las posibilidades de mi sincretismo religioso. Eso es volver del revés los valores de tal manera que el espíritu acaba sintiéndose perturbado. ¡O el Huerto de Getsemaní o los jardines del Generalife! ¡O una cosa u otra!”⁽³⁾.

Resulta comprensible que la mayoría de las reacciones y sensaciones de esta especie se den en Andalucía, aunque se produzcan también en otros muchos lugares de la geografía peninsular. En tales circunstancias, sin embargo, Andalucía parece el compendio, el catalizador, más apropiado y accesible. Pero advirtamos algo que nos parece sumamente importante, decididamente aleccionador: cuando se renuncia a la explicación preferentemente racional, y se aceptan las cosas tal y como se producen, todo resulta más fácil, aceptable, y hasta grato. Otro párrafo del ya citado Miguel Torga puede ejemplificárnoslo así: “Por muchos esfuerzos que haga, el portugués no consigue entender a una ciudad como Sevilla. Creo incluso que quizás ningún visitante lo logre, pues la fuerza catalizadora del ambiente es de tal calibre que el forastero, arrastrado por la irrealidad colectiva, no es capaz de encontrar nunca la soledad que la crítica necesita. Aquí, Dios se pasea por la calle, la voluptuosidad está en el mismo aire que se respira, la belleza se tropieza con nosotros a la vuelta de cada esquina. Una calesa a paso de caballo es el carro de fuego de Elías en pleno vuelo. Las mujeres se cimbrean como las palmeras. Y nadie puede decir con seguridad si va a descubrir el camino de salida de los jardines y de los palacios que está visitando. Si ha habido un lugar de encuentro feliz de razas y civilizaciones, ése ha sido Andalucía. En las manos quirománticas de estos gitanos el catolicismo ha perdido su

(3) Miguel Torga, *Diario (1932-1987)*, selección, traducción, índices y notas de Eloisa Álvarez, Madrid, Alfaguara, 1988, p. 204.

aire pesado y se ha convertido en algo mágico. A su vez, el esquivo africanismo árabe, frente a la hombría española, se ha corregido. Y una nueva casta humana ha surgido de esta simbiosis. Gente que baila, que canta y que ama con la complicidad del cielo. Una especie de vida eterna en rodaje, en un paraíso experimental”⁽⁴⁾. Curiosamente, se trata de una visión de Andalucía, de una visión de Sevilla concretamente, que brinda bastantes puntos de contacto con la que ofrece un escritor árabe de la misma época, el libanés “americano” Amīn al-Rihānī ⁽⁵⁾.

Quizá, por consiguiente, conviene dejar de lado de vez en cuando las controversias y disquisiciones eruditas –o eruditoides, que de todo hay en la viña señorial– y dejarnos llevar por el río de la vida. No costará entonces mucho admitir que, ente árabes y españoles, existe como una especie de “aire de familia”, que precisamente por ser familiar y por ser aire, puede en ocasiones acariciar como ligera aura, como suave brisa, y en otras agitarse como amenazador y violento ventarrón. Insisto: en el fondo, cosas de familia, aunque se trate de una familia que ha establecido muy variados vínculos y que mantiene no menos flexibles relaciones. Que en esto, como en todo, conviene ser realista y objetivo. Pero ese “aire de familia” es innegable. Sutil y volandero, pero presente; como una especie de ritmo que parece fugaz, pero permanente. Profundamente emocional, en última instancia, y siempre tocado por la pluma leve de lo estético. El poeta sirio Sulaymān al-‘Isā, por ejemplo, ha acertado a verlo, y a vivirlo, escuchando la música de Manuel de Falla:

“Nuestro vino es más rancio todavía
que las noches borrachas, más dulce,
en las orillas.

...

(4) Miguel Torga, ob. cit., pp.163-4.

(5) Véase al respecto mi trabajo “Sevilla y la Giralda en la literatura árabe contemporánea”, incluido en Pedro Martínez Montávez, *Literatura árabe de hoy*, Madrid, Ed. CantArabia, 1990, pp.63-86.

Sembramos de candiles los caminos,
y un país de leyenda, gozaba,
inacabable...

Escánciame su magia.
Gotea sus nocturnos en mi oído.
Somos de la familia

...
Una vieja moaxaja
en tus himnos, suave, me canta
y se prolonga

...
Porque eres algo mío.
Somos de la familia"⁽⁶⁾.

Planteadas así la relación, en ese marco tan flexible como cordial, situadas así las cosas, no importa mucho en realidad que la atención se fije en los aparentes detalles. Porque resulta que esos aparentes detalles no tienen nada de accidental ni pasajero y sí revelan por el contrario, seguramente, algunos de los rasgos más profundos de una idiosincrasia genuina acumulada, son auténticas señas de identidad. Como la apreciación, que no tiene nada de marginal, aunque a alguien pueda parecer lo contrario, de Manuel Barrios: "El narcisismo andaluz es árabe. Como lo es el cuidado del detalle: las flores, el manto de una Virgen, los alamares de un torero"⁽⁷⁾. Quizá también ahí, en el detalle precisamente, lo que parece frágil y transitorio resulta ser sólido y permanente.

(6) La versión íntegra que hice de este poema se incluye en el libro *Nuevos cantos árabes a Granada*, seleccionados, traducidos y presentados por Pedro Martínez Montávez, con diez aguafuertes de José Duarte, Madrid, Editorial Almodóvar, 1979. El texto árabe original aparece en el diván del poeta *Ugnyāt sagīra* ("Cancioncillas"), Alepo, Maktabat al-Sharq, s. f., pp.66-9. Esta "cancioncilla" se titula exactamente *Dī Fāl-lā*, y en indicación doble aclara el autor que la compuso "al margen de *Noches en los jardines de España* (al-Andalus), espléndida pieza musical del compositor español de Falla, que se inspiró para sus movimientos en el Generalife, las cúpulas de la Alhambra y las maravillas de esa tierra perfumada con el pasado glorioso".

(7) Manuel Barrios, ob. cit., p.76.

Facetas de lo simbólico

De lo que vengo diciendo, de los propios textos, intencionadamente misceláneos y muy diferentes en género e intención, que he aprovechado a lo largo de esta reflexión, queda claramente de manifiesto el posible sustrato simbólico –las posibles dimensiones simbólicas en puridad– que la realidad andalusí aporta. De hecho, como cualquier realidad, si sabemos verla y apreciarla. A fuer de objetivos y sinceros, no obstante, quizá hayamos de reconocer que posiblemente las dimensiones simbólicas de al-Andalus han sido menos exploradas y explotadas por los españoles que por los árabes. Al menos, así al menos me lo parece a mí, y conste que es asunto sobre el cual llevo reflexionando bastante tiempo. Los porqués de esta posible asimetría son, seguramente, muchos y variados, y yo, por supuesto, no voy a aclararlos aquí medianamente; me conformaré tan sólo con hacer algún apunte o sugerencia. Quizá se deba en parte a lo siguiente: aunque el español ha abordado esta cuestión (e indudablemente lo ha hecho de vez en cuando, aunque seguramente con menos intensidad, constancia y rigor de los que el tema merece) no se ha decidido seguramente a plantear el hecho andalusí de manera autónoma y central, como objeto de reflexión en sí mismo, como entidad plena y singular, sino englobándolo en el hecho andaluz, y aún más extensamente en lo genérico español y hasta en lo hispánico. Se trata evidentemente de círculos paralelos y concéntricos, pero de diferente entidad y dimensión; que poseen por consiguiente amplias zonas de coincidencia, pero también distintos alcances y dimensiones. Evidentemente, están sólidamente enredados o entrelazados, pero no son exactamente lo mismo. Tampoco los árabes suelen establecer las oportunas matizaciones diferenciales, establecer con precisión los terrenos coincidentes y separados, pero quizá ahí aplican unos principios de distinción más ajustados. En cualquier caso, el tema es enormemente amplio y polémico –por ello mismo, extraordinariamente apasionante– y voy a seguir efectuando

también en este punto alguna que otra sugerencia estrictamente. Como es una rueda que tenemos que empujar entre todos, me limitaré aquí a dar un leve toque.

Vengo estudiando y analizando desde hace tiempo la presencia que alcanzan, y las funciones que cumplen, algunos motivos andalusíes en la literatura árabe contemporánea, hasta constituirse ya en auténticos tópicos, sin que en principio esta denominación esté empleada por mí con ninguna intención devaluadora o peyorativa⁽⁸⁾. El tema me resulta ya relativamente conocido, y esa asiduidad en el trato me lleva a pensar que, esquemáticamente, el literato árabe actual recrea el motivo andalusí adaptándolo a dos propósitos o intenciones esenciales: o toma al-Andalus como ejemplo de grandeza y de orgullo nacional, de esplendor incomparable, y surge entonces la visión exultante y gozosa, o es, por el contrario, ejemplo de miseria y de vergüenza también nacional, reflejo asimismo incomparable de los más oscuros vicios colectivos, de las más ruines y destructivas pasiones, y surge entonces la visión afligida y dolorosa. Jamás será al-Andalus un motivo neutro; constituirá siempre, tanto en lo positivo como en lo negativo, tanto para la gloria como para la miseria, un formidable acicate emocional. Obviamente, este esquema bisémico y dicotómico resulta un tanto riguroso y escaso en algunas circunstancias, poco aplicable a determinados textos, pero creo que refleja con bastante fidelidad la naturaleza y el significado de la mayor parte de esa producción. A lo largo de esos dos vectores principales va discurriendo la dimensión simbólica y ejemplar de lo andalusí. Es evidente además, como he dicho, que se tratará casi siempre de manifestaciones profundamente cargadas de toques o connotaciones emocionales, y eso es asimismo lo que en sustancia las caracteriza y define. La

(8) En su mayoría, estas contribuciones, publicadas de forma bastante dispersa, las he incluido posteriormente en dos volúmenes: *Exploraciones en literatura neo-árabe*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1977, y el ya citado *Literatura árabe de hoy*. Sobre el tema puede consultarse ahora mi libro *Al-Andalus, España, en la literatura árabe contemporánea. La casa del pasado*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.

primera dimensión, la “positiva”, podría ejemplificarse en un texto como el siguiente, del narrador sirio ‘Abd al-Salām al-‘Uyayli:

“Y así como reí de todas las maneras y reí en todas las situaciones, reí también en todos los lugares, y especialmente en Sevilla, a orillas del Guadalquivir, en España. En esta ciudad me embargó una profunda sacudida emocional (*tarab*) que no experimenté en ningún otro lugar de al-Andalus. En Granada, por ejemplo, me poseyó el orgullo, y sentí el engreimiento del mismo cielo cuando vi a los que llegaban de todos los pueblos, en pie, pasmados de admiración ante la maravilla de la Alhambra. Y en la mezquita de Córdoba me sentí tan afectado, que me puse a besar los fustes y las columnas y a frotarme las mejillas contra la dura piedra. Pero en Sevilla me vino a las mientes el dicho de los primeros andalusíes: “cuando en Sevilla muere un sabio, tan sólo en Córdoba se encontrará comprador para sus libros; y cuando en Córdoba muere un cantante, solamente en Sevilla se venderán sus instrumentos”. Por ello no me resultó extraño ni incómodo gozar y emocionarme en Sevilla”⁽⁹⁾.

En tanto que la segunda, la “negativa”, fuertemente cargada de ironía y de subyacente intención política y social, se refleja con claridad en un delicioso y punzante editorial del gran periodista libanés –me parece, aunque de origen palestino– Nabīl Jūrī –notable narrador también ocasionalmente– en el que la semi-legendaria figura del cordobés ‘Abbās b. Firnās sirve de pretexto para la denuncia actual:

“El difunto ‘Abbās b. Firnās murió dos veces. Una, a finales de la época andalusí (*sic*). Cuando subió hasta una gran altura, se instaló dos alas, e intentó volar delante de un gran número de personas. Se dice que voló un poco, pero que no tardó en caer. Se rompió el pescuezo, y murió.

Se dijo entonces que la causa de su fracaso había sido el que olvidó instalarse también una cola, por lo que se

(9) El texto en cuestión lo aproveché ya en mi citado estudio sobre “Sevilla y la Giralda...”. El original árabe aparece en el libro del autor, *Hikāyāt min al-riḥlāt* (“Historias de viajes”), El Cairo, Dar al-Maaref, 1954, pp.77-8.

desequilibró. Pero entró en la historia como el primer árabe en el mundo que pensó en volar y lo puso en práctica.

Algunos de los árabes cuya buena o mala suerte les ha permitido asistir a la demostración aeronáutica de Le Bourget, en París, han tenido que acordarse del difunto. Y descubrir que, desde entonces, somos incapaces de volar: con alas, sin ellas, y desde luego, sin cola.

Girábamos las nuca, alzando los ojos al espacio, para ver hasta dónde había llegado el mundo de la aviación, y en ese mundo no encontrábamos ningún mérito árabe. Excepto el de estar con los ojos fijos y pasmados... Y el de recordar que el primero que pensó en revolotear fue un árabe que se partió el pescuezo.

... ..

Como árabe, en Occidente, tienes a tu disposición dos opciones. O no ir a las manifestaciones de desarrollo técnico, como la de Le Bourget, y vivir lejos de tu historia, engullida por la era moderna. O ir, y compadecerte de 'Abbās b. Firnās. Al que le matan las demostraciones de Le Bourget, una vez cada dos años"⁽¹⁰⁾.

Vuelvo a repetir que me propongo aquí simplemente trazar una rapidísima sembanza de caracterización, suscitando algunos aspectos que me parecen especialmente destacados y significativos. Ciertamente la intencionalidad política y social de que se dota al motivo andalusí va adquiriendo especial importancia, y quizá no sólo entre los árabes. Al menos, como incitante contrapunto complementario, no estaría de más recordar algún párrafo del *Averroes* de Antonio Gala: "No engañois a este pueblo maravilloso. No lo enardezcáis en falso. No lo engañois jamás. Vosotros estáis siempre oscilando entre darle la razón, como a un niño, para que no os moleste, o castigarlo rudamente como a un niño sin darle explicaciones.

(10) Aparecido en el semanario *Al-Mustaqbal*, cuyo director era el propio autor, París, nº 329, 11 de junio de 1983. Sobre este personaje, que formó parte de la corte omeya cordobesa del siglo IX, será de muy provechosa lectura el trabajo de Elías Terés, «'Abbās ibn Firnās», en la revista *al-Andalus*, Madrid-Granada, XXV, 1960, pp.239-249. Se comprobarán así los diversos "deslicés" históricos en que incurre Jūri al redactar este ilustrativo editorial.

Pasáis de la demagogia a la tiranía. Respetad a este pueblo de Córdoba. Y precaveos, porque es un cuchillo que, si no sabéis manejarlo, os cortará las manos”⁽¹¹⁾. Está absolutamente justificado preguntarse: ¿palabras sólo de ayer, y para el ayer?.

Por último: en la visión árabe de al-Andalus habrá casi siempre –por no decir siempre, que quizá pueda sonar a exagerado– un fuerte sentimiento amoroso participante, en no pocas ocasiones curiosamente diluido; en cualquier caso, empapador y rezumante. Inevitablemente, de sugerencias. Para ilustrarlo, incluyo la traducción del segundo fragmento de las *Canciones a Azahara*, del poeta marroquí ‘Abd al-Karīm al-Tabbāl, titulado precisamente “encuentro”:

“¡Abderrahmán que vuelves!
 El alba viene, tras la vieja noche,
 como un niño,
 como cuerpo de mármol,
 honda como el secreto
 tras el pecho,
 diáfana
 como el prado a mediodía,
 apetitosa como
 la cornalina.
 Lávate el rostro pues entre los mirtos
 Ponte el manto más bello que poseas
 Perfúmate de azucena y de narciso
 Escribe la canción más venerada:
 La que nunca cantó ningún poeta
 La que nunca ha tocado ningún río.
 Y llega, con el alba,
 hasta Azahara”⁽¹²⁾

(11) Incluida en su conocidísima serie televisiva titulada *Paisaje con figuras*, publicada con el mismo título, Madrid, Espasa- Calpe, selecciones Austral, 1985, 2 tomos. El “paisaje” sobre Averroes, en t. 2, pp.85-101. Como Gala aclara en la breve introducción que redacta, “Averroes, aquí, es la imperecedera figura del intelectual lúcido y a la vez oprimido por una sociedad ignorante de cuanto no sean sus propias y menudas ambiciones” (p.87).

(12) El texto árabe completo del poema se recoge en la antología preparada por

Importa llegar hasta al-Andalus más auténtico y más profundo. Importa llegar juntos, y ayudándonos, respetándonos, conociéndonos mutuamente. Sin retóricas ni añagazas, con limpieza. Taraceadamente, como decía, importa seguir escudriñando concienciadamente en la realidad y en el símbolo de al-Andalus. También afirmó D. Américo Castro que "imaginar posibles consecuencias de lo no existente en el pasado es un ejercicio tan tentador como baldío". Hay que tratar de conocer, por consiguiente, lo que existió realmente en el pasado, aunque se trate de una empresa realmente arriesgada y llena de dificultades. Algo tan sólido como frágil. Algo que resulta siempre tentador, y nunca baldío.

Abdallah Djbilou -sigo la transliteración de su nombre empleada por el propio autor- con el título de *al-Andalus wa-l-asīratāni fī-l-ibdā' al-magribī al-hadī* ("al-Andalus/España y las dos cautivas en la creación marroquí moderna"), Tetuán, Dar li-l-nashr Fanar, 1988, pp.23-4. El poema está escrito en Córdoba, y se había publicado el año 1981. Aclaro que lo de "las dos cautivas" se refiere a Ceuta y Melilla, y constituye la cuarta parte de la antología (pp.117-167) con el subtítulo de *al-alam wa-l-amal*, es decir, "el dolor y la esperanza".